

presa de un ardor sublime que lo consume lentamente. Esta progresion gloriosa, esta subida al cielo, nos las hace estudiar la Tribuna en una série notable de escalones infinitamente preciosa para la observacion del pensador: de cuadro en cuadro llegamos a la obra maestra de las obras maestras, a la deslumbradora Fornarina.

Ábrese la série por una *mujer florentina* con un anillo en el dedo, una pequeña cruz de oro en el cuello, y una larga cabellera que cae sobre sus hombros: amable y dulce imágen llena de inocencia algo arcaica todavía, de contornos un poco duros como los de una figura cincelada. Si Rafael hubiese permanecido siempre a este nivel, difícilmente habria obtenido la entrada en la Tribuna. En el cuadro de la *Virgen del Jilguero*, las figuras comienzan a moverse rafaélicamente: los miembros se dibujan, el cuerpo y las facciones adquieren flexibilidad, el delicioso Niño Jesus se apoya graciosamente en la floreciente Madre, y vuelve afectuosamente la cabeza hácia su primer amigo, el pequeño San Juan. Rafael despierta, pero es todavía un despertar terrenal, despues de un sueño encantador y benéfico: esta obra lleva la impresion de la felicidad y de la paz; mas yo la encuentro demasiado agradable, como lo seria por ejemplo, un cuadro del Correggio: esta faz de su talento es peligrosa para Rafael: ¿no es de temerse que se complazca en esta paz encantadora, en este idilio voluptuoso y florido y que se deje adormecer por el perfume demasiado suave de estas flores? ¿no debe temerse que su ardiente fuego palidezca para desvanecerse y deshacerse en un crepúsculo de rosa? Pero no, las grandes almas tienen su camino trazado, y saben arrojar léjos de sí los dulces lazos que las detienen: el idilio solo es vida para los débiles: para los grandes y los fuertes, es un juego.

La otra Madona, la que llaman *Madonna del Pozzo*, indica ya, por lo profundo de la expresion, por el mayor vigor del colorido, que el maestro ha recibido como revelaciones de un mundo superior, aunque aquí los movimientos sean demasiado precipitados y bruscos, y todavía no aparezca la calma celeste, imponente y victoriosa. El joven *San Juan* en el desierto pertenece al periodo de la ciencia y del ardiente entusiasmo. El triunfo del color, la filosofía del arte se manifiestan ya en este cuadro; y sin embargo, no

me causó, como tampoco el retrato del *Papa Julio II*, profunda impresion; acaso provenga esto, por lo que hace al primero, de una restauracion desgraciada que ha dado a la pintura algo de duro y de demasiado barnizado; verdad es tambien que lo deja en la sombra el cuadro vecino a que ahora llegamos, el cuadro que abre la gloriosa carrera del periodo luminoso, ardiente é inflamado, la obra incomparable que engendró el amor inmenso del grande artista.

Abismados en la contemplacion y embriagados de amor, los grandes ojos melancólicos de Rafael se dirigian del objeto amado a la imágen que pintaba. El amor conducia el corazon y la mano, el amor daba los colores y dibujaba las facciones; un beso del alma insuflaba en la obra creada el espíritu inmortal, y el tipo ideal de Rafael, la pensativa y soberbia Fornarina, era transmitido para siempre a la posteridad. En este cuadro el maestro alcanza por primera vez la perfeccion: necesitaba poseer aquella perla de belleza femenil, para entrar como Dante en el paraíso, conducido por su Beatriz. La Fornarina es uno de aquellos melancólicos y encantadores rostros, cuya dulzura serena ejerce una seduccion infinita. Grandes ojos morenos, ardientes y distraidos; largas y rectas pestañas, acaso demasiado pronunciadas; frente deslumbradora, ancha y poco elevada como el tipo antiguo, radiante de nobleza y majestad; hermosa nariz recta, ancha y fuerte en su nacimiento, indicio de un carácter firme y enérgico; boca graciosa, de labio inferior ligeramente grueso, y animada de melancólica sonrisa; una vivísima carnacion impregnada de los calientes y vivificantes rayos del sol de Roma; abundante cabellera castaña adornada con una guirnalda ligera de hojas de oro; seno palpitante bajo un corpiño de terciopelo azul, del cual se desprende una túnica trasparente y vaporosa; mano fina, y sin embargo vigorosa que termina un brazo soberbio y que juega con la muelle pelliza que cae del hombro; todo esto expresado con los tintes mas calientes, é impregnado de un ardiente lustre meridional por el genio creador de Rafael, forma un conjunto maravilloso, una obra maestra verdaderamente incomparable; y así como la *Vénus de Médicis* es el mas hermoso diamante de la Tribuna, se puede decir que la Fornarina es su rubí mas resplandeciente. Volvía con frecuencia á este cuadro para abismar en él mi alma,

para sumergir en él todo mi sér, y siempre experimentaba nueva embriaguez, nueva seducción. El rango que la Madona de San Sixto ocupa en el mundo celeste de la pintura, lo ocupa la Fornarina en el mundo terrestre.

Hallé también dos cuadros de mi amigo Van Dyck: *Juan de Montfort*, vestido de negro, fisonomía hermosa y expresiva, y llena de nobleza y de vida, verdadero pasaje histórico; y *Cárlos V* montado en gran caballo español con su armadura completa, y una águila majestuosa que sostiene sobre su cabeza una corona de laurel. El que quiera comprender al gran emperador y su gloriosa carrera; el que quiera conocer al altivo monarca, en cuyos estados no se ponía el sol; al que hacia retumbar como un trueno mas allá del Océano el famoso *plus ultra*, y hacia esculpir como emblema en los monumentos de su grandeza, el fuego del rayo olímpico al lado de las columnas de Hércules, acérquese a este cuadro, y un estremecimiento de respeto y entusiasmo penetrará hasta lo mas íntimo de su ser en presencia de aquella suprema majestad. El *derecho divino* refulge en aquella frente imperiosa y grave. Demasiado grande para sentirse lisonjeado por los homenajes de los hombres encorvados ante él en el polvo, el altivo Hapsburgo, revestido de armadura de hierro, con la mano apoyada en un baston de mariscal, reina sobre un noble corcel de vigorosas formas, que parece tener conciencia de su gloriosa carga, incomparable pedestal para un soberano guerrero. El águila, emblema de los Hapsburgos, y como tal símbolo de la victoria, se cierne sobre Cárlos para coronar de laurel su noble cabeza. Decia hace poco que Van Dyck habia pintado la historia eternizando en sus austeros colores el inmortal espíritu de los grandes hombres: él lo ha mostrado del modo mas eminente en este cuadro, que era tal vez la tarea mas difícil que un artista de su siglo pudiese proponerse; porque, ¡cómo pintar al que se siente el primero en el mundo; al que, exceptuando a su Creador, no reconoce superior; al que se atreve con un orgullo indomable a sitiar al Papa en su castillo de San Angel; al que cuenta a un rey de Francia en el número de sus prisioneros, y al que recibe de las inspiraciones de su genio, el gran secreto de que no es bueno esperar en el trono luminoso el pálido crepúsculo para morir con la muerte de los mortales!

Rubens tiene suyo en la Tribuna *al Hércules* en presencia de su doble camino; robusta y enérgica figura, sana y fresca como todo lo que ha creado el vigoroso flamenco: este cuadro desgraciadamente está colocado demasiado alto. El grande artista, segun yo, ha hecho cosas muy superiores que darian mas alta idea de su talento en medio de aquella coleccion de obras maestras.

Lo mismo sucede con el Ticiano, cuyas dos *Vénus acostadas* son seguramente mujeres hermosas; pero mujeres que no tienen nada absolutamente del puro y noble espíritu de la diosa. Admiranse en ellas los contornos voluptuosos, los miembros demasiado redondeados y de una molicie seductora, cuya anatomía sanguínea está ejecutada con una delicadeza y un modelado maravilloso; pero estas dos figuras quedan mas bien como tipos incomparables de belleza femenina, que como imágenes en que se refleja un pensamiento noble y elevado. Dícese que una de ellas tuvo por modelo a la amiga del Ticiano, hija de Palma Vecchio; de esta manera se explicaria fácilmente la falta de ideal de la cabeza.

De sentirse es que no se halle aquí para representar al Ticiano su *Dinero de César* del museo de Dresde. En este cuadro nos hace ver al Cristo como hasta hoy ningun otro pintor ha logrado representarlo, reuniendo en un solo y mismo ser, las dos naturalezas, divina y humana, con una expresión de melancolía y de nobleza superior, con una mirada que confunde el mal, que descubre y ensalza el bien; con una mirada a la vez penetrante y llena de dulzura que parece decir: «dad a Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César;» y confunde y anonada a los astutos fariseos. El artista ha expresado con ayuda de las dos figuras principales un contraste como yo no lo habia visto nunca: a la derecha está el principio de la mayor pureza que haya existido en la tierra, la alta é imponente figura del Salvador, de facciones materialmente delicadas y moralmente enérgicas; a la izquierda el astuto y grosero fariseo, de tez morena y rojiza, el mas vulgar de los tipos judíos; la pieza de oro, el lazo pérfidamente tendido acerca las manos de los dos personajes; el puño negro y huesoso del malvado tiene la pieza brillante, y la mano derecha de Cristo, blanca, delicada, destinada únicamente para partir el pan y para curar por virtud sobrenatural, la muestra con el dedo. El que sabe

comprender y apreciar la filosofía profunda y la palpitante verdad de este cuadro, sentirá siempre que el autor de semejante obra maestra solo esté representado en la Tribuna por las dos mujeres desnudas.

Tampoco han sido olvidados nuestro viejo Dürer, ni el rosado y duro Cranach, y se ha dado ancha parte a nuestro antiguo arte nacional. Las obras de estos viejos maestros «me inspiran una admiración mezclada de cierto deseo de sonreír, como lo haría, por ejemplo, la vista de un anciano demasiado decrepito. Alberto Dürer especialmente, me impone como el representante de la legitimidad en el arte: personaje lleno de noble dignidad que inspira confianza. Sus obras resúmen el carácter del estilo gótico; hacen nacer tal estado de inocente, y sin embargo serio ensueño, que provoca en la sombra de las antiguas bóvedas, aquellas mil audaces fantasías, en que la piedra, trasformada en encaje, en follaje, en ojiva, reviste tintes sangrientos, y produce la imagen de un mundo sobrenatural.» Si las obras de Dürer son algunas veces duras y un poco ásperas, siéntese en ellas, sin embargo, la inspiración de una alma bella. El patriarca de la pintura alemana está representado aquí por una *Adoración de los Magos*, exquisita creación llena de gracia infantil y concebida en el estilo más elevado. En fin, el enérgico y vigoroso pincel de Lucas Cranach nos ha representado á nuestros primeros padres en el estado de naturaleza: aquel Adán y aquella Eva, son ciertamente la más noble pareja de la raza más noble de animales.

Que un príncipe felizmente dotado de espíritu superior, emprenda un día reunir en las salas suntuosas de su palacio una sociedad perteneciente a las condiciones y a las especialidades más diversas, a las edades más diferentes; a las creencias más opuestas, haciéndolo con la sola mira de establecer entre todos un vínculo moral, el vínculo del gusto y del sentimiento delicado, y esa sociedad, a despecho de los contrastes y de la etiqueta, producirá una pasta excelente que, con el auxilio de una ligera fermentación moral, compondrá un plato de los más sabrosos y más exquisitos.

<sup>1</sup> Estas pocas líneas están tomadas de un pasaje muy felizmente traducido por M. C. Selden, en su estudio titulado: JUICIOS DE MAXIMILIANO SOBRE LAS BELLAS ARTES.

Se entregarán a las conversaciones más interesantes, sin incidir nunca en irritantes discusiones; se excitarán mutuamente sin hacerlo demasiado; la fría y mortal seriedad será proscrita severamente, y jamás el fastidio hará contar las horas. La colección de las obras maestras de la Tribuna se parece a semejante sociedad: Adán y Eva, monarcas y Madonas, Venus y Apolo, bacantes, niños Jesús, faunos sumergidos en la embriaguez, los tiempos de Rafael y de Praxiteles, todo esto está confundido y armonizado por el sentimiento verdadero y el gusto del arte. Este gusto desgraciadamente hace falta en muchas colecciones que se titulan colecciones artísticas, y que os hacen deplorar las fatigosas horas que les habeis consagrado. Aquí los Médicis estuvieron felizmente inspirados: les debo horas que contaré siempre entre las más hermosas de mi vida. La sociedad reunida en la Tribuna, merece por sí sola que se haga un gran viaje á Florencia, y sentí amargamente el no poder permanecer en esta ciudad más que cinco días.

Liorna, 1.<sup>o</sup> de Setiembre de 1851.

Fuí a comer por última vez en familia al palacio Pitti; luego el camino de hierro me lanzó lejos de mis parientes, lejos de aquella ciudad que me era tan querida, de aquel dulce valle de la paz. Mi corazón estaba profundamente triste, porque hacia largo tiempo que no me había acontecido el pasar semejantes horas consagradas al arte y en la contemplación de la naturaleza; horas tan saludables para el alma y llenas de un goce tan noble. Allí me había iniciado en la amistad íntima del grande arte, y había visto desarrollarse delante de mí en la progresión ascendente de sus obras, las carreras luminosas de los más bellos genios; había aprendido a conocer su origen y a comprender su término; había seguido la obra incesante de los siglos conducida é inspirada por el sentimiento entusiasta del arte.

Florencia en el valle del Arno es como una alma bella y sensible, habitante inmaculada de un cuerpo joven y hermoso: une en una florescencia maravillosa, la nobleza y la pureza virginal a la ele-

vacion de la inteligencia y a la generosidad del corazon. ¡Cómo quereis que un jóven prendado de la belleza ideal no se inflamase en místico amor por aquel ser de una naturaleza superior, no se sintiese atacado de un mal delicioso, que no le penetrase de una aspiracion inefable unida a una admiracion entusiasta, que no se sintiese feliz a su lado abismado en el éxtasis, y que la ausencia del objeto amado no lo llenase de dolor y de amargura! Nápoles no se le presentaba sino como una belleza sensual, como una mujer encantadora y voluptuosa, destinada a la embriaguez y al deleite de un momento: no necesitaba sino de los abrazos de Partenope para pasar en la embriaguez las deliciosas horas del presente; miéntras que debe comprender a Florencia para adorarla y para aprender a conocer a los piés de este ídolo, el presente por el estudio del pasado.

Miraba con frecuencia fuera del wagon, y veía desaparecer con demasiada rapidez la ciudad y sus altas cúpulas. El hombre es ávido de emociones: le sucede con frecuencia prolongar de una manera inconsciente los dolores del adios; con deleite amargo bebe a grandes tragos el dulce veneno de la melancolía.

Tambien me era muy penoso dejar a mis queridos parientes de Pisa. ¡Cuánto reconocimiento no les debo por el afecto fraternal que no cesaron de manifestarme durante el tiempo desgraciadamente cortísimo que pasé entre ellos! ¡Con qué felicidad los hubiera seguido a Marlia! Pero la fragata tenia sus momentos contados, y su itinerario, de que no podiamos apartarnos. Llegamos de noche a Liorna, el 2 de Setiembre: alcanzamos en barca a la Novara, que momentos despues levó anclas, y las riberas amadas de la Italia se alejaron lentamente. Por largo tiempo todavía vi desde mi camarote las cimas de las montañas que flotaban sobre las olas, y hubiera querido tener alas para hendir como el pájaro los campos azulados del aire é irme a reposar a sus piés.

¡A España! es, sin embargo, un llamamiento seductor que resuena en el corazon como una melodía dorada y llena la imaginacion de cuentos románticos, del perfume de las rosas y de sueños moriscos: el buque nos llevaba en su rápida carrera, y no debiamos detenernos ya sino en las costas bañadas por el sol de Andalucía.

Y sin embargo, ¡singular contradiccion de la naturaleza humana! me sentia penetrado de tristeza, y como atacado de no sé qué mal del país: esto turbó un instante el placer del viaje. El cuerpo y el espíritu estaban sin duda mal dispuestos; pero España me curará con el bálsamo de sus flores.